

Los cristianos y Kosovo, después de la guerra

Roberto Morozzo della Roca*

KOSOVO, convertido ya en territorio monoétnico, se encamina muy posiblemente hacia la independencia. Ésta parece ser la orientación de la política americana. Lo gobiernos europeos son contrarios a la independencia y prefieren una simple autonomía, por ser coherentes así con las motivaciones con las cuales han hecho la guerra contra Yugoslavia. Pero los europeos no están seguros de poder mantener políticamente esa orientación si Milosevic sigue en el poder en Belgrado, cosa que parece probable teniendo en cuenta la debilidad de la oposición política en Serbia.

El UCK ha entregado formalmente las armas. Pero, conociendo la mentalidad balcánica, se puede dudar si la entrega ha sido completa. Sus hombres han logrado formar la nueva política de Kosovo. Para las minorías étnicas de Kosovo, serbios y zingaros, esto no modifica los términos del problema. Actualmente estas minorías, en gran parte fuera de Kosovo, si quisieran regresar, no tendrían nada fácil la vida.

* Profesor de Historia de Europa Oriental. Universidad de Roma (III)

Dentro de un par de años muy posiblemente un referéndum legitimará la independencia. Ningún albanés duda de que es él quien ha vencido en la guerra étnica y de que se encuentra ya de hecho en la independencia. Pero Kosovo no podrá vivir aislado entre las montañas. Tendrá que mantener relaciones con los vecinos. El Estado de Tirana no promete nada bueno. Habrá que reconciliarse también con el mundo eslavo.

El papel de los cristianos

¿CON qué conciencia miran hoy los cristianos a Kosovo? Deben mantenerse en un plano superior y superar las continuas polémicas. Los que han apoyado las razones de la guerra insisten hoy en darse a sí mismos la razón. Aducen, para ello, las fosas comunes. Los que han apoyado las razones de la paz insisten hoy en atribuirse la razón y citan la limpieza étnica realizada por UCK, a costa de los serbios y los zingaros. En medio de todo esto los cristianos deberían reflexionar no en términos de acusación, derecho, razón, castigo, sino de una auténtica reconciliación.

El drama de Kosovo no es de hoy. No se han dado auténticos testimonios capaces de superar los estancamientos étnicos, y capaces de criticar el nacionalismo de los propios compatriotas. Capaces de pedir perdón o al menos de reconocer las razones del contrario. Capaces de superar la lógica de la venganza, tan implacable en los partidismos. Hay que recordar a tantas personas que, en la guerra y en la inmediata posguerra, han sabido ofrecer solidaridad a pesar de las diferencias étnicas. Hay serbios que han protegido a albaneses y albaneses que han protegido a serbios. Y permítaseme recordar a dos figuras que, aun animadas de sentimientos patrióticos, han llegado a reconocer los errores de su propio bando.

El patriarca Payle ha condenado en no pocas ocasiones la violencia de los serbios en Kosovo. Es cierto que en el funeral de quince ciudadanos serbios asesinados, a finales de julio, no ha pronunciado palabras duras contra los asesinos, pero ha dicho que el único elemento de bien en esta matanza era el hecho que las víctimas, por lo menos ellas, eran inocentes y no criminales como —así lo dejó entender— habían llegado a ser «otros ciudadanos».

El obispo católico albanés, Mark Sopi, desde hace tiempo ha intentado convencer a los suyos de que no empuñaran las armas y ha persuadido a la comunidad católica albanesa (unas 60.000 personas) para que no cayeran en la violencia. Este obispo quiso firmar, con otros líderes albaneses, una condena de toda violencia, viniera de donde viniera, y no sólo la violencia de los

serbios. Por esto ha sido muy criticado. Al quedarse en su sede en Prizren cuando todos huían, ha animado a la población a resistir con esperanza.

El patriarca Pavle y el obispo Sopi no se han dejado atrapar en la lógica de las razones políticas y nacionalistas y se han preocupado de las víctimas inocentes. Ésta es la lógica de la Sagrada Escritura, donde queda claro que lo que a Dios le importa no es tanto quién tiene la razón, sino que se salven los pobres y los humildes.

La tarea de los cristianos hoy no consiste en condenar y subrayar los errores o en afirmar una justicia, más volcada en la venganza que en la exhortación. Hay una justicia que brota en la misericordia, que comporta preocuparse de los débiles dejando a los fuertes a su propio destino o a su iniquidad. Ya los juzgará Dios.

Si queremos mirar cristianamente y aun casi provocadoramente a los débiles, diría que antes de calificar como tales a una parte de los albaneses o de los serbios, deberemos pensar en los rumanos, asesinados a millares en Kosovo. Muchos se han concentrado en las costas de Apulia como «boat people». Algunos se han ahogado en el mar (en Montenegro se encontró un centenar de cuerpos que flotaban). Los rumanos son el grupo de las minorías de Kosovo, más expuesto e indefenso. Siempre despreciados, sea por los serbios o por los albaneses. Como parias, se ven relegados a los trabajos más bajos. Los años pasados, por una urgente necesidad de supervivencia, respetaban el poder serbio como habían hecho en la década de los setenta con el poder albanés. Los zingaros en los años pasados son los únicos que no han quedado inficionados del odio étnico y no han enseñado a sus hijos a alzar los dedos de la mano con la V de la victoria albanesa o con la Trinidad del patriotismo serbio y no han enseñado a sus hijos canciones de odio o de desprecio étnico.

A los serbios y los albaneses es aplicable también la exhortación de Juan Pablo II a los croatas y los bosnios en sus viajes a Zagreb y Sarajevo: «Perdonad y pedid perdón, pedid perdón y perdonad». Las multitudes croatas o bosnias se quedaron sorprendidas y contrariadas: todo pueblo balcánico cree que tiene la exclusiva del ser víctima y que por tanto no tiene que pedir perdón. Pero la violencia lo ha invadido todo, aunque sea sólo los sentimientos. El perdón recíproco, junto a la piedad hacia los más débiles, es la medicina para la paz y la reconciliación. También en Kosovo.